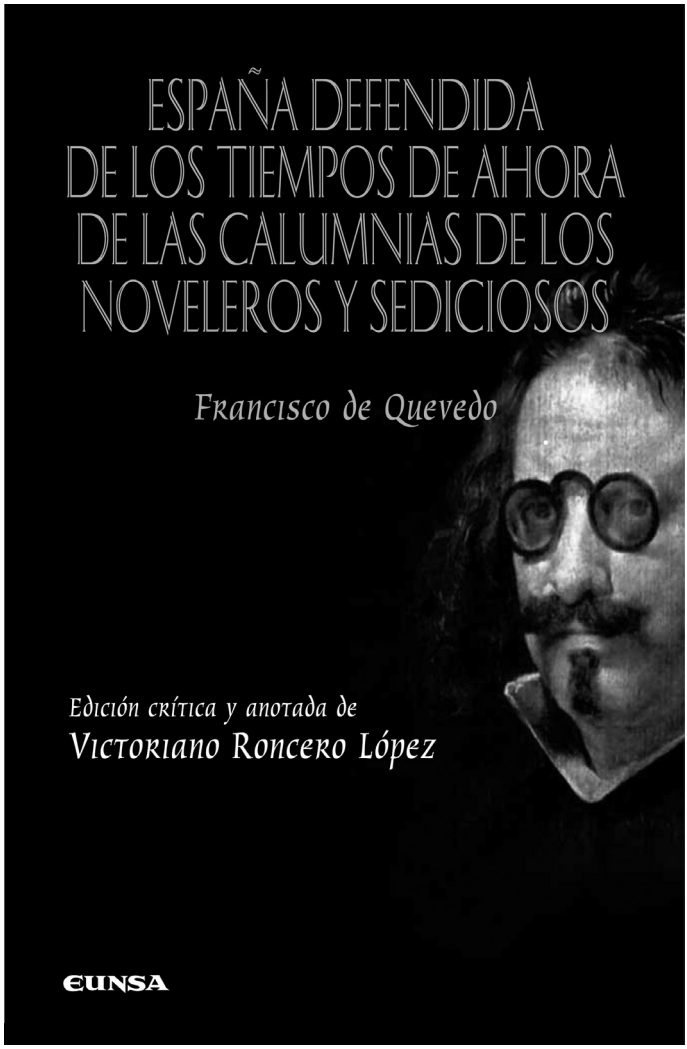
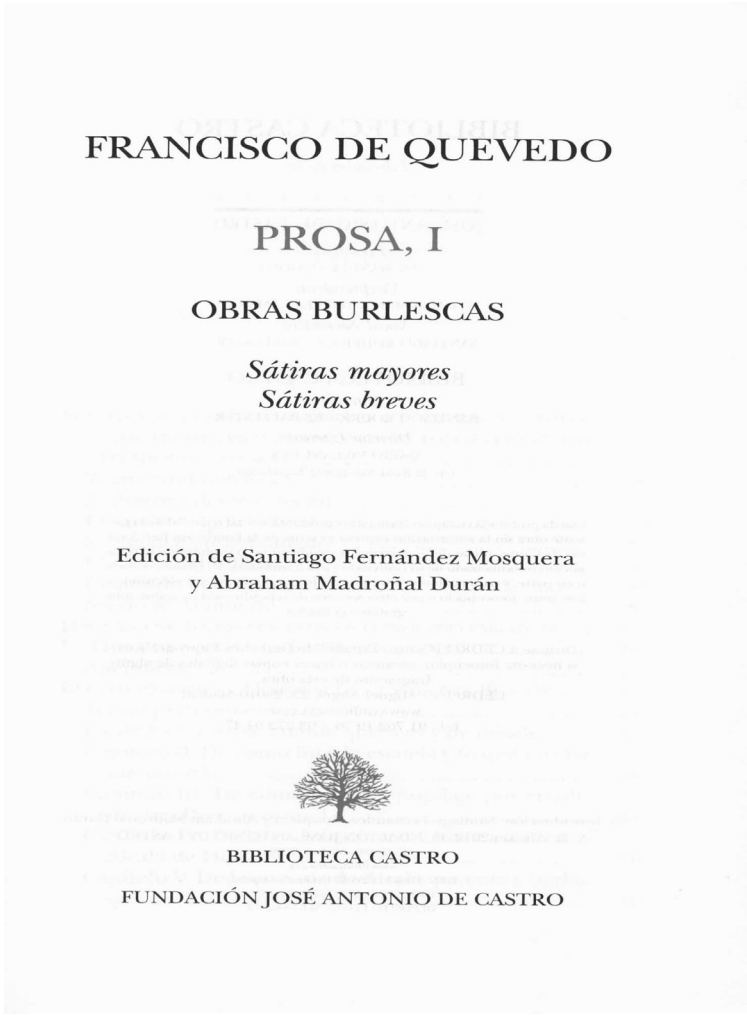
Noticias



Francisco de Quevedo, *España defendida de los tiempos de ahora de las calumnias de los noveleros y sediciosos,* ed. Victoriano Roncero, Pamplona, Eunsa, 2013
(ISBN: 978-84-313-2858-0)

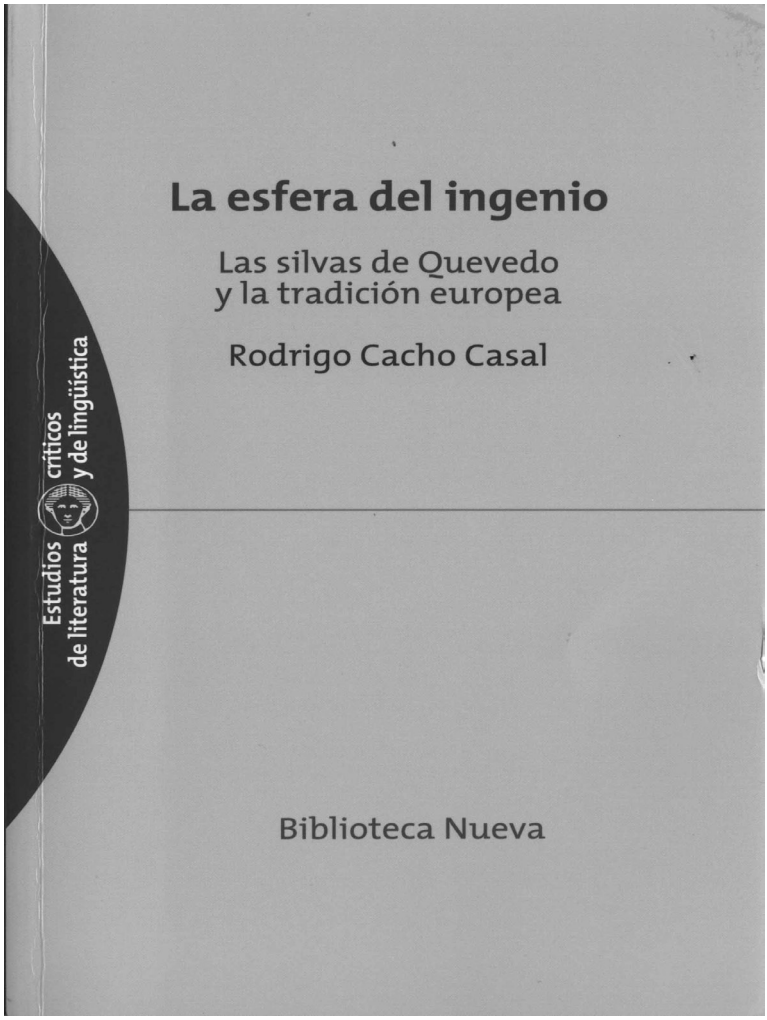
Pedidos a:
Ediciones Eunsa
Plaza de los Sauces, 1 y 2
31010 Barañáin (Navarra)
Email: info@eunsa.es
Telf: 948 25 68 50
Fax: 948 25 68 54

La Perinola, 17, 2013



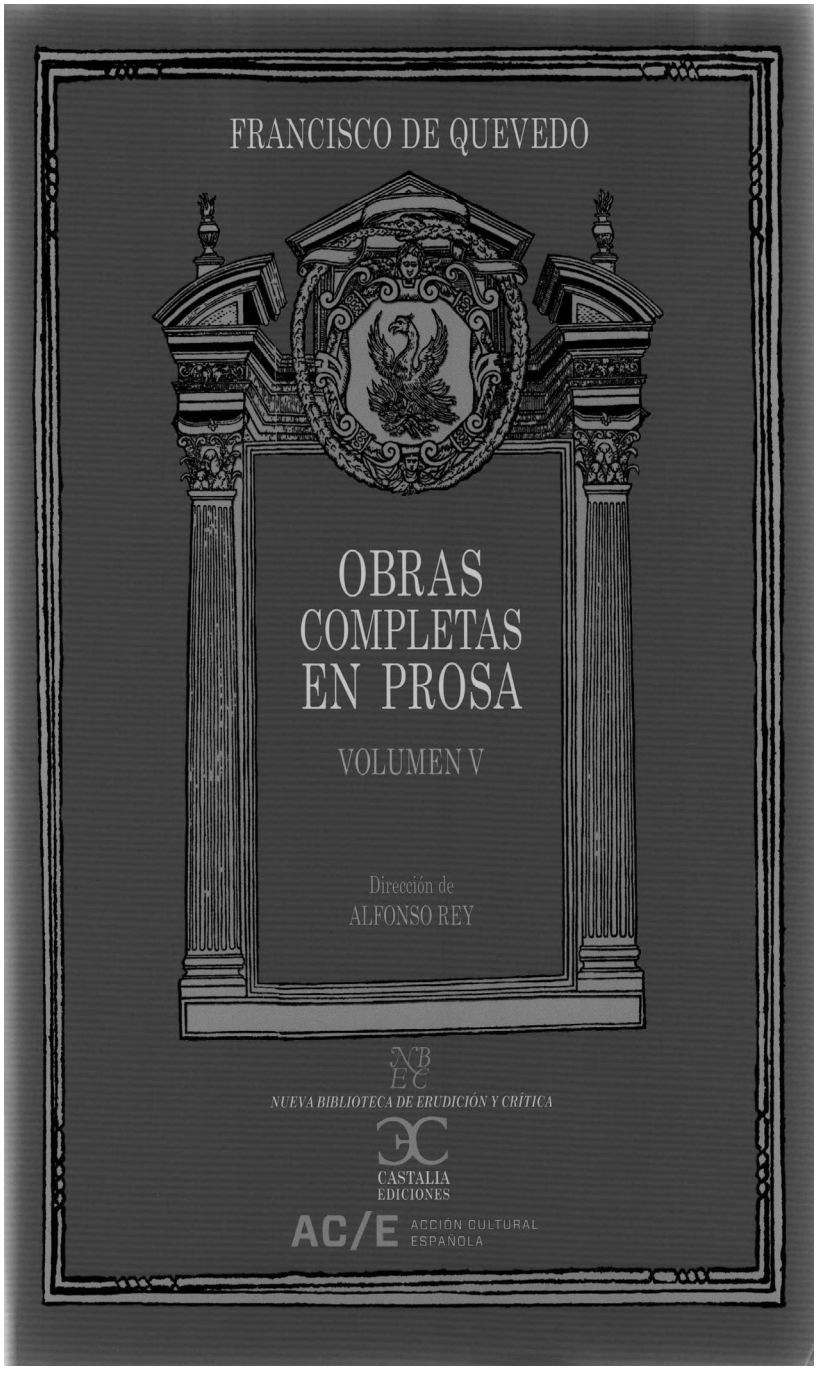
Francisco de Quevedo, *Prosa I. Obras burlescas. Sátiras mayores. Sátiras breves,* Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2012
(ISBN: 978-84-15255-17-8 / 978-84-15255-16-1)

PEDIDOS A:
Biblioteca Castro
Alcalá 109
28009 Madrid
www.fundcastro.org



Cacho Casal, Rodrigo, *La esfera del ingenio. Las silvas de Quevedo y la tradición europea,*
Madrid, Biblioteca Nueva, 2012
(ISBN: 978-84-9940-424-0)

Pedidos a:
Biblioteca Nueva
Almagro 38
28010 Madrid
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es


FRANCISCO DE QUEVEDO
OBRAS
COMPLETAS
EN PROSA
VOLUMEN V
Dirección de
ALFONSO REY
NUEVA BIBLIOTECA DE ERUDICIÓN Y CRÍTICA
CASTALIA
EDICIONES
AC/E
ACCIÓN CULTURAL
ESPAÑOLA

Obras en prosa de Quevedo (2003-2012). Balance provisional

Alfonso Rey
Universidad de Santiago de Compostela
Facultade de Filoloxía
Departamento de Literatura Española,
Teoría da Literatura e Lingüística Xeral
Avda. de Castelao s/n
alfonso.rey@usc.es

La reciente aparición en las librerías del volumen v de las *Obras completas en prosa de Quevedo (Tratados políticos)* y la próxima del volumen vi (*Memoriales*) permiten hacer un breve balance tras doce años de labor, claramente superado ya el ecuador de la colección. La edición crítica y anotada de las 36 obras publicadas hasta ahora coincide en el tiempo con la revista *La Perinola,* que nació en 1997. Se trata de dos experiencias independientes, pero complementarias, representativas del apreciable avance del quevedismo desde finales del siglo xx. Los estudios sobre un autor facilitan la comprensión de sus textos y, a la inversa, la correcta edición de sus textos proporciona una base más sólida a aquéllos. Parece natural, pues, que esta pequeña conmemoración del volumen v tenga lugar en las páginas que acogió en su primer número[1] el anuncio de la preparación de las *Obras completas en prosa de Quevedo* en la editorial Castalia, tras un breve intento en otro marco literario menos ambicioso.

A lo largo de estos años, han colaborado con sus ediciones, críticas y anotadas, los siguientes especialistas: Alonso Veloso, Arellano, Arredondo, Azaustre Galiana, Cacho Casal, Candelas Colodrón, Díaz Martínez, Jauralde Pou, Peraita, Rey, Riandière la Roche, Roncero y Schwartz Lerner, a quienes se sumarán otros investigadores en fechas venideras. Sólo con un plantel así competente y nutrido es posible alcanzar el elevado número de horas de trabajo que requieren tantos cotejos de testimonios, tantos descartes de variantes, tantos centenares de notas filológicas sobre textos recónditos y elusivos, unas veces por sus alusiones culturales y otras veces por su intrincado lenguaje. Al volver los ojos hacia las *Obras completas* de Fernández-Guerra es inevitable constatar el enorme trecho recorrido desde entonces por la filología quevediana, sin

1. *La Perinola,* 1, pp. 311-314.

que ello impida dejar de apreciar al hombre que, en la soledad de su siglo XIX, acometió en solitario la romántica tarea que las exigencias de la filología moderna encomiendan hoy a equipos completos.

De los cinco volúmenes ya publicados se pueden extraer algunas conclusiones y experiencias, a modo de balance parcial.

1. Dificultad sintáctica. No hace falta insistir en que la prosa de Quevedo presenta muchas dificultades por sus alusiones culturales y sus complejos conceptos; en cambio, puede causar extrañeza la afirmación de que es difícil también por su sintaxis, cuando su imagen está asociada al rechazo de las «trasposiciones» y al cultivo del paralelismo. No reiteró Quevedo el hipérbaton, pero sí tendió a servirse de esa modalidad de *inversio* en que consiste la anástrofe. Cuando ésta aparece en contextos sentenciosos muy lacónicos o se enlaza con algún tipo de zeugma, se convierte en fuente de dificultades. Hemos dedicado un sostenido esfuerzo a parafrasear en nota a pie numerosos pasajes de esta naturaleza, los cuales, sin tal ayuda, resultan oscuros o incomprensibles. Hay razones para temer que más de uno ha sido leído y citado durante años sin haber sido, verdaderamente, entendido. No podemos jactarnos de haber resuelto todas las dificultades (o de no haber errado ocasionalmente en el intento de resolverlas), pero nos cabe la satisfacción de haber llamado la atención sobre ellas, afrontando la tarea, y el riesgo, de tratar de librar al lector del desconcierto. En este aspecto, como en otros, nuestros textos constituyen una invitación a proseguir profundizando en una labor trascendental. Hoy en día, cuando tantos medios técnicos nos permiten transcribir toda suerte de manuscritos e impresos, la tarea del filólogo se desplaza cada vez más desde la reproducción hacia la elucidación y comentario.

2. Puntuación. La mayoría de las obras en prosa de Quevedo nos han llegado en manuscritos e impresos –incluido un apreciable número de autógrafos–, muy bien puntuados… según los principios de los siglos XVII y XVIII. Es evidente que una edición modernizada e interpretativa como la nuestra debe renunciar a ese sistema de puntuación para someterse a las reglas y sugerencias de la Real Academia Española. No siempre es fácil cerrar los ojos a lo que propone el manuscrito de antaño y dar coherentemente el salto a la puntuación actual, esquivando las adherencias de aquél. El peligro de contaminación entre dos sistemas en buena medida incompatibles es real, y hemos tenido ocasión de observar con cuánta frecuencia los editores modernos, dejándose llevar por el sistema rítmico o retórico de las copias de antaño, incide en soluciones de dudosa corrección cuando no marca debidamente los incisos, oscurece las elipsis o intercala comas entre un sujeto y un predicado de larga extensión. Tal vez se sorprendan algunos editores de Quevedo de la frecuencia con que discrepamos en las soluciones adoptadas por otros. En todo caso, se precisa tomar una conciencia más aguda de las

implicaciones que tiene la puntuación moderna de la prosa del siglo xvii, al menos, en el caso de Quevedo.

3. Anotación. Como toda tarea, la anotadora va cambiando sus exigencias con el paso del tiempo, lo que quiere decir que nuestras notas a pie de página se apartan moderadamente de algunos usos todavía arraigados. Tal vez hoy ya no se siente la necesidad de ofrecer cuantiosos lugares paralelos de Quevedo, familiarizados como estamos con su tendencia a ser fuente de sí mismo repitiéndose con variantes. Tampoco resulta imperioso ofrecer el tipo de erudición enciclopédica que, minoritaria antaño, resulta hoy asequible en la red. Por el contrario, pretendemos que la anotación, además de aclarar las frecuentes alusiones históricas y culturales que caracterizan a Quevedo, concentre su atención en la localización de tantos lugares de engañosa apariencia por los cuales se desliza el ojo sin llegar a vislumbrar el grado de dificultad que encierran.

4. Contexto ideológico. «Quevedo es complicado, y eso invita al estudioso a simplificar y tomar partido» escribió Raimundo Lida[2]. El estereotipo romántico que hizo de él un abnegado patriota cedió paso, desde mediados del siglo xx, a la de un Quevedo reaccionario, según parámetros urdidos con algo de sociología y materialismo histórico. Entre ambos extremos, lecturas más matizadas, aunque no las más aplaudidas, han tratado de entender la prosa de Quevedo en el marco ideológico del siglo xvii, tan ajeno al nuestro. Los prólogos que han precedido los volúmenes hasta ahora publicados suponen una decidida apuesta por la comprensión de Quevedo en las doctrinas de su tiempo, particularmente en los terrenos de la moral y la política, y proponen, en algunos aspectos, una revisión del actual estado de la cuestión.

La oposición entre humanismo y escolástica, tal como se cree que la habían manifestado Petrarca o Erasmo, estaba superada en la España de Quevedo, que se formó en un ambiente proclive a la síntesis de métodos y tradiciones. Su compromiso con la escolástica fue limitado y su estoicismo, moldeado por el asistematismo de Séneca, la tendencia cristianizadora del estoicismo español y la flexibilidad de los neoestoicos europeos, era muy maleable. Su interés por la patrística fue el propio de humanistas cristianos, que espigaban libérrimamente dentro de un corpus vasto y heterogéneo. Su catolicismo, ortodoxo, se canalizó preferentemente hacia una especie de doctrina social del estado, y su aceptación, implícita más que explícita, del espíritu de Trento no fue incompatible con un temperamento anticlerical cercano al de Erasmo. A ello debe añadirse que su singular epistemología le permitía hacer cambios de rumbo sin necesidad de una revisión de sus premisas. Con todos estos datos se explica la variedad de matices que recogen sus tratados morales, más interesantes como documentos de su siglo que como construcciones sistemáticas.

2. Lida, 1981, p. 11.

Quizás los tratados políticos de Quevedo (que no deben confundirse con sus comentarios históricos) constituyen la faceta peor entendida hoy. El usual prejuicio de contraponerlo al moderno y laico Maquiavelo ha llevado a algunos críticos, disconformes con tal estereotipo, a esforzarse por resaltar los rasgos «maquiavélicos» de aquél, con el fin de prestarle una pátina menos arcaica. Sin duda, Quevedo ofrece muchos consejos similares a los del florentino, pero eso no lo hace más moderno, porque el progreso de la reflexión política no vino de la mano de *Il principe* y los variados teóricos del monarca absoluto, sino de quienes, aprovechando el contractualismo y iusnaturalismo de la escolástica, abarcaron otras instancias del derecho y de la filosofía, tal como hizo Locke, que sobrepasó la tradición humanística, tan poco innovadora en materia de teoría política. Maquiavelo, Lipsio, Quevedo y tantos otros, pese a sus diferencias, sólo fueron «writers of political advice», en expresión de Laslett, sin alcanzar una visión teórica más allá de la doctrina del poder. Las limitaciones de Quevedo son las de su tiempo, y sus tratados un exponente de las contradicciones en que iban incurriendo unos y otros. En su caso, es llamativo el contraste entre su devoción por la institución de la monarquía y la desconfianza que le inspiró cada vez que contempló su realidad, fuese en la Biblia, en la época romana o en la casa de Austria. Pensando en la poesía amorosa, Otis H. Green ofreció una sugestiva semblanza de Quevedo que se podría extender al resto de su obra: «un disidente que no quería serlo»[3].

Porque en sus poemas y sátiras lucianescas es posible rastrear más de un asomo de duda con respecto a las convicciones sostenidas en sus tratados morales. La mezcla de burlas y veras, la sucesión de personajes que se debaten entre puntos de vista contrapuestos pueden llevar ocasionalmente el relato por otros derroteros ideológicos, propiciando momentos en los que asoma el relativismo y la duda respecto a las convicciones explícitamente afirmadas. La ficción permite intuir problemas y realidades que no llega a captar el pensamiento que se expresa en el marco de los tratados. Al poner la tradición lucianesca al servicio de sus ideales más arraigados, Quevedo, ocasionalmente, llegó a asomarse al borde de sus creencias para vislumbrar realidades y actitudes sin cabida en su sistema de ideas. Así se explican multitud de pasajes en apariencia inocuos o incomprensibles: un diablo que proclama la igualdad de cristianos y judíos, otro que se burla de las mujeres que murieron vírgenes, un tercero que considera triste la vida de los sacerdotes por carecer de afecto conyugal, un filósofo que pone en tela de juicio la realeza, un privado que duda de la inteligencia de los monarcas, un negro que, afirmando la igualdad de los humanos, se queja de la sumisión a los blancos, unas mujeres que acusan a los hombres de haberles impedido

3. Green, 1969, p. 291.

estudiar para mantenerlas en situación de inferioridad… No son los únicos ejemplos posibles.

Se tardará mucho tiempo en decir la última palabra sobre Quevedo en materia de fijación textual, y nunca se logrará en lo relativo a la interpretación de su pensamiento. Pero es posible mejorar contribuciones y preparar el terreno a otras que superarán las nuestras, continuando la cadena del saber. Tal es el propósito que ha guiado los volúmenes hasta ahora publicados.

Referencias bibliográficas

Green, O. H., *España y la tradición occidental,* trad. C. Sánchez Gil, Madrid, Grados, 1969.

Lida, R., *Prosas de Quevedo,* Barcelona, Crítica, 1981.